2223

EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

EL COLLAR DE PERLAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

Pustorfilo

Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.....	Perez.
Alcoy.....	V. de Martí é hijos
Algeciras.....	Almenara.
Alicante.....	Ibarra.
Almeria.....	Alvarez.
Aranjuez.....	Prado.
Avila.....	Lopez y Hernz.
Badajoz.....	Orduña.
Barcelona.....	Mayol.
Bilbao.....	Astuy.
Burgos.....	Hervias.
Cáceres.....	Valiente.
Cádiz.....	V. de Moraleda.
Córdoba.....	Lozano.
Cuenca.....	Mariana.
Castellon.....	Carratalá.
Ciudad-Real....	Arellano.
Coruña.....	Garcia Alvarez.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.
Chiclana.....	Sanchez.
Ecija.....	Garcia.
Figueras.....	Conte Lacoste.
Gerona.....	Dorca.
Gijon.....	Crespo y Cruz.
Granada.....	Zamora.
Guadalajara....	Oñana.
Habana.....	Charlain y Fernz.
Haro.....	Quintana.
Huelva.....	Osorno é hijo.
Huesca.....	Guillen.
Jaen.....	Hidalgo.
Jerez.....	Alvarez Aranda.
Leon.....	Viuda de Miñon.
Lérida.....	Blanco.
Lugo.....	Viuda de Pujol y Hermano.
Lorca.....	Gomez.
Logroño.....	Verdejo.
Loja.....	Cano.
Málaga.....	Cañavatte.
Mataró.....	Abadal.
Murcia.....	Herederos de Andrion.
Motril.....	Ballesteros.
Mondoñedo.....	Delgado.
Orense.....	Robles.
Oviedo.....	Palacio.
Osuna.....	Montero.
Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Palma.....	Gelabert.
Pamplona.....	Los Rios y Barrena.
Pontevedra.....	Aspa.
Puerto de Santa Maria.....	Gobantes.
Puerto-Rico. (Mayagües).....	Mestre y Tomás.
Reus.....	Prins.
Ronda.....	Gutierrez.
Sanlúcar.....	Esper.
S. Fernando....	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.....	Ramirez.
Santander.....	Laparte.
Santiago.....	Escribano.
Soria.....	Perez Rioja.
Segovia.....	Alonso.
S. Sebastian...	Garralda.
Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Salamanca.....	Huebra.
Segorbe.....	Mengor.
Tarragona.....	Pujol.
Toro.....	Tejedor.
Toledo.....	Hernandez.
Teruel.....	Baquedano.
Tuy.....	Martinez de la Cruz.
Talavera.....	Castro (Schez.).
Valencia.....	Móles.
Valladolid.....	Hernainz.
Vitoria.....	Galindo.
Villanueva y Geltrú.....	Bertran y Creus.
Ubeda.....	Treviño.
Zamora.....	Calamita.
Zaragoza.....	V. Andrés.

EL COLLAR DE PERLAS.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elcollardeperlas4242maze

EL COLLAR DE PERLAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

DON MIGUEL PASTORFIDO.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1858.

PERSONAS.

LUISA.
RICARDO RICHARDSON.
DURAN.
MARTIN.
EL VIZCONDE.
BAUTISTA.

La escena pasa en Paris en casa de Duran.

La propiedad de esta obra pertenece á *D. Prudencio de Regoyos*, dueño de la galeria dramática EL MUSEO LITERARIO, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, ó varie el título ó represente en cualquiera de los teatros de España y sus posesiones de Ultramar, con arreglo á lo dispuesto en la ley de propiedad literaria y decreto orgánico de teatros hoy vigentes.

ACTO PRIMERO.

Salon rico: puerta en el fondo y laterales, á la derecha un escritorio.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, DURAN.

LUISA. Ya que usted halla ocasion
de volver al mismo asunto,
diré que sobre este punto
soy de distinta opinion.
Aunque al propio tiempo su hija
en darle gusto se emplea.

DUR. Es que adoptas una idea
muy absoluta, muy fija.

LUISA. Pero si ella es conveniente,
entonces ¿á qué cambiarla?
¿Para qué modificarla?
Y, hablando ahora francamente,
usted que tan buen caudal
reune en crédito y dinero;
usted, el rico banquero
de fortuna proverbial,
¿piensa que no harán aprecio
de mí, y que voy desairada
si no me ven adornada

672996

con alhajas de gran precio?
¿Que es mi mérito mayor,
obligándome á llevar
toda la noche un collar
de mas ó menos valor?

DUR. Tu repugnancia...

LUISA. Se explica
con mi carácter muy bien.

DUR. ¡Hablar con ese desden
y de una joya tan rica,
que, á realizarla algun dia
es por sí sola un caudal!
¡Una joya por la cual
hay quien mil onzas daria!

LUISA. ¿Pero usted se ha figurado
que dá opinion de grandeza,
que imprime mayor belleza
un adorno tan pesado?

DUR. Vamos, Luisa, mala parte
sigues en esta contienda.
¡Despreciar asi una prenda
que es un prodigio del arte!
En el baile que se dió
ayer noche en la embajada,
¿me negarás que admirada
ninguna cual tú se vió?
Pues ese collar brillante
que cualquiera envidiaria,
á no dudarlo, te hacia
mas y mas interesante,
mas notable.

LUISA. Esa es razon
que viene en mi ayuda.

DUR. Pero...

LUISA. Lo dicho, papá; no quiero
llamar asi la atencion.

DUR. ¿Qué me dirás si te advierto
que muchas veces lo usó
tu madre, y te lo dejó
como un fiel recuerdo...

LUISA. Cierto.
Y porque usted no me arguya

de ingratitud, le diré
que si lo he llevado, fu
tan solo en memoria su ya.
Pero por la última vez;
porque á nosotras, señor,
lo que nos está mejor
que todo es la sencillez.

DUR. Sencillez... en el tocado:
eso te agrada, es verdad;
mas algo de vanidad
no falta por otro lado.

LUISA. ¿Vanidad? ¡Pues me hace gracia!

DUR. Si tal, en tus relaciones.
Te agrada ir á las reuniones
donde vá la aristocracia.

LUISA. Pero...

DUR. Es inútil que digas
otra cosa. Tu interés
por las brillantes *soirées*,
el escoger tus amigas
solo en la alta sociedad,
¿me dirás cómo se explica?
¿No hace sospechar, no indica
un poco de vanidad?
Bien que esto no me debia
en todo caso extrañar;
pues tu modo de pensar
ha sido siempre, hija mia,
el de tu madre.

LUISA. A excepcion
de lo del collar, confieso
sin dificultad que en eso
lleva usted tal vez razon.

DUR. Ya veo que en tí descuella
su mismo genio, y serás
para parecerte aun mas,
aristócrata como ella.

LUISA. ¡Aristócrata! ¿Y qué es ser
aristócrata? Expresion
cuya exacta aplicacion
muy pocos saben hacer.
No es, no, como la comprende

el vulgo, por vanidad,
insolencia y fatuidad.
Mas si por ella se entiende
distincion en la persona,
magnanimidad, virtud,
y esa noble rectitud
que nos ensalza y abona;
Si es de aristócrata el ser
sensible, el ser fiel, leal,
volver el bien por el mal,
rendir tributo al saber,
sin mostrar orgullo vano
no rebajarse jamás,
y tender á los demas
franca y protectora mano;
no inclinarse á las pasiones
vulgares, hacerse honor;
dar el ejemplo mejor,
el de las buenas acciones
y el de una alma generosa;
habituarse á una existencia
de lujo y magnificencia,
que es á muchos provechosa;
alentar en todas partes
la industria, la ocupacion;
promover la ilustracion;
dar estímulo á las artes;
amar, en fin, todo aquello
que se respeta ó se admira,
lo que el entusiasmo inspira,
lo que es grande, lo que es bello;
si esto se entiende, aunque á mí
ese título no cuadre,
soy del genio de mi madre;
soy aristócrata, si.

DUR. Bien, tú siempre hallas maneras
de convencer.

LUISA. La razon...

DUR. Y del collar en cuestion,
puedes hacer lo que quieras.
Asi como asi, él es parte
de tu dote, conque yo,

porque lo lleves ó no,
no pretendo molestarte.

LUISA. ¿Queda á mi eleccion?

DUR. Corriente;
por mí lo puedes dejar
en su estuche descansar,
aunque sea eternamente.

LUISA. Lindo pensamiento á fé.
Vaya, ese plazo seria
largo.

DUR. No tanto, hija mia.
Cuando mas, será hasta que...

LUISA. Hasta que...

DUR. Es claro, tú eres
hermosa, con un caudal
muy bueno, que es lo esencial
en el dia en las mujeres.
Eres mi única heredera;
y en este concepto, creo
que no ha de ser tu deseo
vivir y morir soltera.

LUISA. Verdad; y fiel juramento
hágole á usted de llevar
su preferido collar
el dia de mi casamiento.

DUR. A propósito: ocasion
es, ya que en ello pensamos,
de mirar si te encontramos
una buena proporcion.

LUISA. Aun no es tiempo á mi entender.
Soy jóven...

DUR. Diez y ocho años.

LUISA. Y del mundo á los engaños
no me quisiera exponer.

DUR. El cuidado es para mí.
Si yo te escojo un brillante
partido; y salgo garante
del éxito...

LUISA. Ni aun asi.
Empresa tan delicada
merece que yo decida
la cuestion por mí,

DUR. Descuida,
que antes serás consultada.
Buscaré el mejor partido,
y antes de dar ningun paso...

LUISA. No: si alguna vez me caso,
yo he de escoger mi marido.

DUR. ¿Y tú exiges que yo ceda
mi derecho?

LUISA. ¡Oh! no hay cuidado.
Usted será consultado
antes de que eso suceda.

DUR. Pues para ver si resulta
algo de los dos extremos,
¿quieres tú que principiemos
desde ahora la consulta?

LUISA. El caso es, que yo no tengo
persona á quien proponer.

DUR. Yo sí tengo, y á mi ver
digna. ¿Convienes?

LUISA. (*Indiferentemente.*) Convengo.

DUR. Dime, Richardson, ¿qué tal
te parece?

LUISA. ¡Vaya un ente!

DUR. Es un sujeto excelente.

LUISA. ¡Pero tan original!

DUR. Como buen americano.
Y es entendido, discreto,
afable. Yo me prometo
que en concederle tu mano
ganarás honra y fortuna.

LUISA. Tendrá usted mucha razon;
sin embargo, el corazon...

DUR. Tú que aprecias cual ninguna
la esplendidez verdadera...

LUISA. Pero me es indiferente
esa cualidad en gente
de procedencia extranjera.

DUR. El es fino, atento, leal,
complaciente... Un gran partido.
Como que para marido
no habias de hallar otro igual.

LUISA. Con mil excentricidades

que tiene.

DUR. ¿Y estas qué son,
si hay en contraposicion
magníficas cualidades?

LUISA. Demasiadas son quizás
las que usted aduce en cuenta.

DUR. Pues ann tiene otras cuarenta
que han de sorprenderte mas.
A ver qué semblante pones
á esto.

LUISA. Nada hay que me asombre.

DUR. Has de saber que ese hombre
tiene cuarenta millones.

LUISA. Buena recomendacion
para otras, no para mí.

DUR. ¿Y por qué no para tí?

LUISA. Porque en la enumeracion
de cualidades prolija
que usted ha hecho, falta...

DUR. ¿Cuál?

LUISA. Una, la mas esencial;
la de agradarme.

DUR. Pero, hija,
tus reparos son antojos,
y concebir yo no puedo
que ese hombre...

LUISA. Me causa miedo.
Me mira con unos ojos
tan fijos, que hace bajar
los mios.

DUR. ¿Y eso te exalta?
¡Oh! No hay duda que la fa lta
no se debe perdonar.

LUISA. Aparte de eso, hasta aqui
no creo que se haya expl icado.

DUR, Cierto: nada se ha tratado;
mas tengo yo para mí,
que no sin gran i nterés
viene á casa, que te mira
con predileccion, que aspira
á tu mano.

LUISA. Y eso es

nada mas que presuncion?

DUR. A la cual da su partida
tantas veces diferida
algun viso de razon.

LUISA. ¡Pues, otra de sus manias!
Abandona su pais
y viene á Francia, á Paris,
para estar solo ocho dias.

DUR. Y héte aqui que el anterior
al de su marcha, te ve
y se detiene. ¿Por qué?
¿Danzará en esto el amor?
Ello es que siempre ha venido
para hacer su despedida,
y no obstante, su partida
largo tiempo ha diferido.

LUISA. De cualquier modo no creo
que se detenga por mí;
pero aun cuando fuera asi,
ser su esposa no deseo.
¿Mi hermosa Francia y su corte
habia yo de abandonar
para ir á emparentar
con la América del Norte?
Pero aqui viene Martin.

ESCENA II.

LUISA, DURAN, MARTIN.

DUR. ¡Ah! Si, me traerá noticias
de un encargo que le hice.

MART. Buenos dias, señorita.
Felices, señor Duran.

DUR. Adios amigo. Tú, Luisa,
no extrañarás que dedique
á los asuntos del dia
breves instantes. Supongo (*A Martin.*)
que con la urgencia precisa,
y conformándose en todo
á las instrucciones mias,
se habrá ya verificado

la operacion consabida.

MART. Si señor; y ruego á usted
que para otra vez me exima
de comisiones como esta,
á las cuales no se inclina
mi genio; y que son impropias
de un cajero. En fin, cumplida
está la de hoy.

DUR. ¿De qué manera?

MART. De una manera sencilla.
Ayer, con los protestados
pagarés y la misiva
de usted, fuí á ver al juez
de comercio: todavia
despachaba: le entregué
los documentos; y en vista
de ellos, ordenó el arresto
del conde, cual se pedia.
Lo demas se ha efectuado
fácilmente, y á medida
de la voluntad de usted.
Esta mañana ya habia
en derredor de la casa
que el propio sujeto habita,
seis ministriles ocultos
ínterin aquel salia.
No hizo esperar: á las ocho
le echaron la vista encima ,
y obligándole á subir
en un coche, á toda prisa
fué conducido á la estancia
que le estaba prevenida.

DUR. ¿A la prision?

MART. Cabalmente.

LUISA. ¿A la prision?

DUR. Si, hija mia.

LUISA. ¿Pero qué prision es esa,
y qué causa la motiva?

DUR. ¿Qué causa? Estos son negocios
que tú no entiendes, querida.
Operaciones de banca...
que...

LUISA. Dudo yo que consistan
en aprisionar á nadie.
DUR. Pues consisten; y me admira
que ignores tú cómo á veces
los hombres que se dedican
al comercio, de estos medios
hacer uso necesitan.
LUISA. No entiendo yo para qué.
DUR. Lo verás. Cuando propicia
llega á mostrarse la suerte,
hay muchos que multiplican
su dinero en breve tiempo.
Las empresas que otros miran
con precaucion, para ellos
son fáciles y expeditas.
Y con efecto, se nota
que á menudo la osadia
el mejor éxito alcanza.
Mas no siempre; y por desdicha
sucede que algunas veces
los que en su estrella confian,
no advierten que la fortuna
les vuelve el rostro. Principian
á fracasar sus negocios,
y con todo no imaginan
que cuanto mas aventuran
y cuanto mas precipitan
el estado de sus fondos,
mas aceleran su ruina.
Auméntanse los apuros,
y comprometen su firma.
Viene al fin la bancarrota
con el descrédito: giran
letras que luego no pagan,
y con la prision terminan
las funestas consecuencias
que el mal cálculo origina.
LUISA. ¡Tristes consecuencias!
DUR. Si,
tristes son; pero precisas.
La prision es un recurso
de la ley.

MART. Que perjudica
tal vez mas que favorece.
LUISA. Y que yo nunca usaria.
DUR. No es de esperar otra cosa.
Hé aqui por qué no se fian
á la mujer intereses
que fácilmente descuida.
LUISA. Yo compadezco á Martin,
por ser quien ha dado cima
á una comision que pocos
creo yo le envidiarian.
MART. Dice usted bien: yo tampoco
la encontraba muy lucida.
DUR. Pues ha de saber usted,
que esa comision debia
serle grata, porque arguye
una confianza íntima
en sus buenas prendas.
MART. Gracias;
pero yo le estimaria
que de mí, para estos lances,
no se acordara en la vida.
DUR. (Que no me vuelva á acordar...)
MART. (No le ha gustado la píldora.)
LUISA. Si estorbo...
DUR. Harás un favor
en dejarnos ahora, Luisa.

ESCENA III.

DURAN, MARTIN.

MART. (Ya está encima la tormenta.)
DUR. Deseo saber, desde cuándo
abriga el señor Martin
un interés tan marcado
en favor de las personas
que conspiran en mi daño.
MART. (¿No lo dije? Pecho al agua.)
No comprendo...
DUR. Pues es claro.
Si el arreglo de sus cuentas,

para quien dirige un banco
debe ser el principal
objeto de sus cuidados;
si con la puntualidad
conque hace todos sus pagos,
ha de realizar los créditos;
y para llevar á cabo
esa justa proporcion,
confiero á usted un encargo
que, aunque desempeña bien,
acepta con desagrado;
¿no me es lícito creer
que usted conspira en mi daño,
pues que se pone de parte
de los deudores?

MART. ¿Y acaso
son funciones de un cajero
las que usted me ha confiado?
Ni soy yo el juez de comercio,
ni el ujier, ni el comisario
para aprisionar á nadie.
Pero dejando esto á un lado,
voy á permitirme hacer
una reflexion.

DUR. Al grano.

MART. Que el conde de Monleon
no verificó aun el pago
de sus letras, y que ha sido
por escasez de metálico,
cosa es que no tiene duda.

DUR. Concedo.

MART. Pues si el retardo
de su voluntad no nace,
¿á qué objeto violentarlo,
reduciéndole á prision?

DUR. Motivos tengo y sobrados
para obrar asi: el primero
es que quiero ser pagado.

MART. Basta con ese.

DUR. El segundo
consiste en que soy muy blando
con los que me deben.

MART. ¡Calle!
Nunca hubiera adivinado
entre todos los motivos
ese.
DUR. Pues no hay que dudarlo.
Soy débil en mis asuntos.
MART. ¿Débil usted?
DUR. Demasiado.
Todo el mundo lo asegura,
y yo no puedo negarlo.
Yo sé lo que hablan de mí:
dicen que soy muy exacto
en mis negocios; que tengo
probidad; que he demostrado
muy grandes conocimientos
en hacienda; que lejano
no está el dia en que sea ministro;
y es justicia, porque al cabo
mis empresas han tenido
siempre el mejor resultado.
Y todo ello es obra mia:
hijo de un pobre artesano,
debo solo mi fortuna
al ingenio y al trabajo.
Solamente que, lo he dicho,
soy ya con exceso blando,
y conviene demostrar
carácter en ciertos casos.
Hé aqui mi tercer motivo.
MART. ¿Cuál es?
DUR. Que en este reinado
de nuestro buen Luis Felipe,
donde ha progresado tanto
cualquier género de industria,
cual nunca se ha desatado
en la alta clase el afan
de especulacion y de ágio.
Antiguamente los nobles
no tomaban á su cargo
las empresas industriales.
Hoy es todo lo contrario.
No hay una que ellos no exploten,

sea con buen éxito ó malo.
Se habla de un ferrocarril,
el principal empresario
es algun duque ó marqués;
se vá á organizar un banco,
un conde está á la cabeza;
se abren pozos artesianos,
quien dirige esto es un título.
En fin, aunque temerario,
no hay proyecto que no emprendan
personajes de alto rango.
Y desde las minas de oro
hasta las minas de estaño,
y las empresas de gas
y las de piso de asfalto,
y las de carbon de piedra
y otros muchísimos ramos,
casi todas reconocen
á un noble por propietario.
Para esto ya no hay paciencia
que baste. Muy bueno y santo
que obtengan ricos empleos,
que ostenten lujo y boato,
que enseñen sus pergaminos;
mas déjennos el cuidado
de manejar el dinero
como nosotros queramos.
Meterse en estos negocios
es ya exigir demasiado,
invadir nuestro terreno
y á la guerra provocarnos.
Vea usted por qué yo me alegro
de tener ahora encerrado
ahí entre cuatro paredes
al conde.

MART. Mas...

DUR. ¿Qué adelanto
con eso, me dirá usted?
¿no es verdad?

MART. Por de contado.

DUR. Pues si realizar mis créditos
de esta manera no alcanzo,

tendré á lo menos el gusto
de que pase buenos ratos
ese sujeto en formar
otra vez mejores cálculos.

ESCENA IV.

DURAN, MARTIN, BAUTISTA.

DUR. ¿Qué hay, Bautista?
BAUT. Para usted
esta tarjeta me han dado.
DUR. ¿A ver de quién es? ¡Ah! si,
del caballero Richardson.
BAUT. Creo que viene á despedirse.
DUR. Cierto; ¿pero se ha marchado?
BAUT. No tal, está en la antesala.
Yo le he dicho que mi amo
con un alto personaje
estaba muy ocupado.
DUR. ¿Eso le has dicho?
BAUT. Yo siempre
cumplo fiel con los encargos
que se me hacen: á las gentes
que porfian demasiado
les indico que está usted
departiendo mano á mano
con el ministro de Hacienda
ó con algun diplomático
insigne.
DUR. Bien.
BAUT. Por ejemplo,
el embajador británico.
DUR. Muy bien, estoy satisfecho
de tu celo; pero en tanto
haz que entre ese caballero
de la tarjeta.
BAUT. Volando. (*Váse.*)
MART. (¡Qué impertinente es el mozo!)
DUR. ¡Qué listo es ese muchacho!

ESCENA V.

DURAN, MARTIN, RICHARDSON.

RIC. Saludo á ustedes, señores.
DUR. Adelante, caballèro:
deje usted ese sombrero:
un sillon... (*Se lo acerca.*)
RIC. Con mil amores,
porque llevo una de andar...
pero me ha dicho el criado
que estaba usted ocupado:
sentiria incomodar.
DUR. ¡Oh! de ninguna manera.
Usted, en esta su casa,
puede disponer sin tasa.
RIC. Sin embargo, no quisiera
molestar.
DUR. ¡Qué disparate!
MART. (¡Vaya una amabilidad
rara en él!)
DUR. Y á la verdad
que desearé que me trate
como á un amigo sincero.
RIC. Gracias.
DUR. Aunque nada valgo,
si usted me ocupara en algo
poder complacerle espero.
RIC. De prolijas atenciones,
que agradezco mucho, he sido
ya objeto.
DUR. Habiendo traido
tales recomendaciones,
era un deber para mí
servirle en todo y por todo.
MART. (¡Qué atento!)
RIC. De cualquier modo,
lo estimo.
DUR. ¿Y marcha usted?
RIC. Si.
Voy á pasar el gran charco.

DUR. ¿Y adónde bueno?
RIC. A la Habana:
luego á Montreal. Mañana
sin falta alguna me embarco.
DUR. (Es la fórmula ordinaria
con que anuncia su partida.)
RIC. Mi marcha, ya diferida
por demas, es necesaria.
A despedirme he venido
y á recoger la factura.
DUR. Entonces se me figura
que es asunto decidido.
Cuando usted cuentas ajusta
es que el caso vá de veras.
RIC. ¿Qué quiere usted? son frioleras
que dejar corrientes gusta.
MART. ¡Bah! Pues si frioleras son
sumas de tal entidad,
ignoro yo en realidad
cuáles llamen la atencion.
RIC. Para mí tienen escasa
significacion.
DUR. En fin,
esta noche irá Martin
á cangear en su casa
los valores y el ajuste.
MART. Voy á hacerle: cuando esté
visado le llevaré.
RIC. No hay prisa: cuando usted guste.

ESCENA VI.

RICHARDSON, DURAN.

DUR. Ya que es el último dia
que tenemos el placer
de saludarle, á comer
le espero en mi compañia.
Ello no será un banquete
lo que le ofrezca.
RIC. Mejor.
DUR. ¿Acepta usted?

RIC. Si señor.
¿Hora?
DUR. Esta tarde á las siete.
Podrá retardarse el acto
sin embargo.
RIC. ¿Para qué?
A esa hora no faltaré.
DUR. Ya sé que es usted exacto,
salvo en una cosa.
RIC. ¿En cuál
no lo soy?
DUR. En advertir
el instante de partir.
RIC. ¿Y eso es reproche?
DUR. No tal.
Si ha dilatado el momento
en que ausentarse debió,
es una cosa que yo
por ningun título siento.
Lejos de ello, mi deseo
que ver logrado quisiera,
es que usted se detuviera
mas tiempo aquí; pero veo
que legítimo interés
su atencion reclamará
de otro lado, cuando ya
ajusta sus cuentas.
RIC. Pues.
DUR. ¿Conque asegurar bien puedo
que deja usted el pais?
RIC. Cierto: me voy de Paris,
es decir, si no me quedo.
DUR. ¿Cómo?
RIC. Me voy á explicar
mejor. Usted es sujeto
apreciable, y mi secreto
bien le puedo confiar.
Para ello no será en vano
le manifieste, por qué
dos meses ha, abandoné
el pais americano.
Despues que ocurrió la muerte

de mi padre, en Montreal,
de donde soy natural,
pretendí fijar mi suerte
casándome. Una bobada
será, y del caliz amargo
probaré un dia: sin embargo,
por la novedad me agrada.
Felicidad muy cumplida
del matrimonio no espero;
mas la vida de soltero
no es para toda la vida.
En suma, perseverante
en esta resolucion,
dirigí mi pretension
á la hija de un comerciante.
Y aunque acorde á mi deseo,
oí que ella, sin gran placer,
se aventuraba á encender
la antorcha del himeneo.
Mas yo, que en mi vida toda
supe lo que es esperar,
me vine á Francia, á comprar
un buen regalo de boda.
Ya habia yo en otra ócasion
estado en Paris, que aqui
es donde yo recibí
mi primera educacion.

DUR. Pues es viaje; ¿y de ese modo
va usted á hacer su conquista?

RIC. Es difícil que resista
á mi insinuacion.

DUR. Con todo...

RIC. No hay mujer que con rigor
trate á un hombre, bueno ó malo,
si este le ofrece un regalo
de boda de tal valor.
Un presente que ha costado
setenta y cinco mil duros,
ofrece medios seguros
para captarse el agrado
de cualquiera.

DUR. En el país

de usted, asi sucederá.

RIC. Lo mismo sucede allá
que sucede aqui en Paris.
Si á fé. Yo he corrido el mundo,
los dos mundos; he viajado,
observando con cuidado,
con un estudio profundo
cada cosa; y de este modo
me he convencido que es
todo cuestion de interés,
cuestion de números todo.
El dinero es soberano:
la estimacion y la fama
se obtienen con lo que llama
el vulgo unto mejicano.
Esto da virtud, decoro;
lo demas es patarata.
Todo se rinde...

DUR. ¿A la plata?

RIC. Y si no á la plata, al oro.

DUR. Con mucha severidad
forma usted su juicio, amigo.

RIC. Cierto; pero en lo que digo
no hay mas que pura verdad.
Y ya se deja entender
que si exacta es mi opinion,
tiene igual aplicacion
al hombre que á la mujer.
Pero ella, mas delicada,
con mayor interés cuida
de lo que hace que la vida
sea cómoda y regalada.

DUR. Pues esa delicadeza
que usted mira con rigor,
la tiene como un favor
que le hizo naturaleza.

RIC. Esté ó no en la condicion
particular de su ser,
lo cierto es que á la mujer
halaga la ostentacion.
Y el capricho de las modas,
el lujo, la vanidad,

á cualquier debilidad,
aun á la mayor de todas
la conducen. ¿Qué extraño es
que con tales condiciones
en muchas de sus acciones
obre solo el interés?
Por eso yo considero,
y no hay duda, asi sucede,
que todo alcanzarse puede
con ayuda del dinero.
Mas vuelvo á mi narracion,
por acaso interrumpida.
Quedamos en mi venida
á Paris, y en la intencion
que traje. Cuando comprado
tuve objetos, en los cuales
millon y medio de reales
próximamente he gastado,
pensé, como es natural,
conseguido ya mi intento,
que era llegado el momento
de volver á Montreal.
Usted, en mi despedida,
luciendo su esplendidez,
pretendió, como esta vez,
solemnizar mi partida.
Cuando, aqui es justo que exija
su atencion, cuando el placer
me proporcionó de ver
á la señorita su hija.
De simpática figura,
y entendida al par que bella,
no sé qué mas valga en ella,
si el talento ó la hermosura.
Yo me doy el parabien
por haberla conocido;
y tanto, que he desistido
del otro plan. Ahora bien;
estoy próximo á cumplir
treinta años, y bien, casado
ó soltero, mi pasado
responde del porvenir,

Tengo cuarenta millones,
suficiente para hacer
que sea feliz mi mujer.
Dadas estas condiciones,
y anteponiendo que es cosa
que como una gran merced
recibiria, ¿quiere usted
darme á su hija por esposa?

DUR. ¡Hombre, qué proposicion!
(Salió cuanto yo decia.)

RIC. Acaso demostraria
menos precipitacion,
si, definitivamente,
resuelto ya no estuviera
á marcharme: de manera
que solo si usted consiente...

DUR. Bueno, respuesta daré
tan breve como concisa:
si en ello consiente Luisa,
yo tambien consentiré.

RIC. Entonces, con la esperanza
cuento de llamarla esposa.

DUR. Sin embargo...

RIC. Hay una cosa
que todo, amigo, lo alcanza.
La posicion, la upulencia.
Mírese como se mire,
no hay persona que no aspire
á una grata independencia.
Yo seria un majadero,
título que no ambiciono,
si en alardes de mal tono
dijera tengo dinero;
y exijo que á mi riqueza
alto respeto se guarde.
No, tan ridículo alarde
seria casi una bajeza.
Hablar de lo que poseo,
es para dar á entender
que puedo satisfacer
hasta el mas raro deseo.
Que de todo goce humano,

salvando siempre el decoro,
es medio seguro el oro;
y ese le tengo en mi mano.
Que si mi felicidad
algo hubiera de impedir,
yo sabria combatir
cualquiera dificultad.
Y en fin, que en nada reparo,
si á mi bienestar conduce.

DUR. Usted á lo menos luce
el mérito de ser claro.
Mas tengo yo para mí,
que esa lógica insinuante
habrá de ceder delante
de cierta persona.

RIC. ¡Oh! Si.
Hablar en este sentido
á otro que á usted fuera error,
y hacerme poco poco favor.
Supongamos que no ha habido
semejante explicacion.
Ahora saber me precisa
si la señorita Luisa
tiene libre el corazon.

DUR. Pienso que amoroso afecto
no conoció todavia.

RIC. Mal éxito alcanzaria
de otro modo mi proyecto.
Pero en esa inteligencia
á la esperanza me entrego.

DUR. Presume usted...

RIC. Desde luego;
que obtendré correspondencia.

DUR. Eso es fiar...

RIC. En mi estrella.
Y ya que en mi amor consiente,
¿tendrá usted inconveniente
en que hable á Luisita bella?

DUR. No pongo dificultad.
Le advertiré su deseo;
y sobre este punto creo
que haya igual conformidad.

Hácia aqui viene.

ESCENA VII.

RICHARDSON, DURAN, LUISA.

LUISA. Papá...
RIC. Señorita...
LUISA. ¡Ay! El señor
Richardson.
RIC. Tengo el honor...
DUR. Mañana es cuando se va;
pero hoy nuestro buen amigo
come con nosotros.
RIC. Y antes...
DUR. (Entiendo.) Algunos instantes
desearia hablar contigo.
RIC. Es un favor, señorita,
al que doy gran precio.
LUISA. Sea,
puesto que usted lo desea.
(Esto es pedirme una cita.)
DUR. La hora yo la fijaré.
RIC. Bien. (El asunto promete.)
DUR. La comida es á las siete,
á las seis...
RIC. No faltaré. (*Saluda y váse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, DURAN.

DUR. Cuarenta millones, Luisa.
LUISA. Soberbio número, padre.
DUR. Y sin embargo, no es
á convencerte bastante.
LUISA. ¿Qué quiere usted?
DUR. Mas Richardson
con tan buenas cualidades...
LUISA. Le falta, segun he dicho,
una, la mas importante;
y en vano son las demas,
cuando no acierta á agradarme.
DUR. Me dirás que hay simpatías...
LUISA. Y antipatias.
DUR. No obstaute,
en tres ó cuatro visitas
tú no has podido juzgarle.
LUISA. Pues aunque el número de ellas
á sus millones iguale,
no seré yo quien vacile
ni de pensamientos cambie.
DUR. Ya mudarás de opinion

cuando de cerca le trates;
y cederá, asi lo creo,
tu indiferencia...

LUISA. Ni un ápice.

DUR. A pensar en las ventajas
que resultan de ese enlace.
Omito la relacion
de sus prendas personales...

LUISA. A existir, ellas tan solo
pudieran interesarme.

DUR. Y dejo á un lado la idea
del provechoso realce
que á mi fortuna daria
la union de ambos capitales.
Tu dicha no mas pretendo,
y de ella voy á ocuparme.
Segun mi plan, fuera el tuyo
un porvenir envidiable,
una existencia dorada.

LUISA. ¡Pues! Oro por todas partes;
mas no ha de ser por el oro
la persona á quien yo ame.
Y al cuadro de mi ventura,
si yo hubiera de formarle,
le daria otros colores
mas dulces é interesantes.
El amarillo es tan triste
que no consigue agradarme.

DUR. ¿Has pensado alguna vez
en ese cuadro?

LUISA. ¿Quién sabe?
Acaso en mi fantasia
exista...

DUR. ¿Cómo?

LUISA. La imágen.

DUR. Supongo que será...

LUISA. Un sueño,
pero un sueño realizable.

DUR. ¿Y en él por casualidad,
dime, un marido no cabe?

LUISA. ¿Por qué no?

DUR. Píntame entonces

ese ideal personaje.

LUISA. Por de pronto no le busco
del lado allá de los mares:
le tomo en Paris.

DUR. Corriente.
¿De la fortuna?

LUISA. ¿Qué le hace
eso? ¿Rica no soy yo?
Pues basta.

DUR. ¡Qué disparate!
Lo que abunda nunca daña,
y el mundo...

LUISA. Esos son refranes.

DUR. Vamos á otra circunstancia.

LUISA. Diga usted.

DUR. Será de sangre
azul.

LUISA. Siendo yo aristócrata,
mal podria dispensarle
el nacimiento.

DUR. Tampoco
sobre este punto me place
tu eleccion. ¿Y jóven?

LUISA. Si.

DUR. ¿Bien parecido?

LUISA. Bastante,
aunque no es fuerza que sea
de una belleza admirable.

DUR. Cierto que no.

LUISA. Yo le quiero
sencillo, pero elegante,
esmerado en su persona,
y mas que todo notable
por su elevacion de ideas
y distinguidos modales.

DUR. Tendrá un estado, carrera...

LUISA. La tiene; y es muy probable
que, en atencion á su mérito
y exclarecido linaje,
haga notables progresos
en breve tiempo.

DUR. Adelante.

Te amará...

LUISA. Tal me figuro.

DUR. ¿Es decir que no lo sabes?

LUISA. Nunca me ha hablado de amor;
pero sus ojos...

DUR. ¡Qué diantre!
Hallándome en tu lugar,
procuraria alentarle
á una explicacion.

LUISA. ¿Y á qué?
¿A qué fin apresurarse?

DUR. Es verdad que todo es sueño;
pero á suponer...

LUISA. Ni es fácil
que hallen siempre las personas
propicia ocasion de hablarse.
Nos vemos en sociedad,
y eso muy de tarde en tarde.
Sin embargo, amor á veces
deja á las miradas que hablen
con elocuencia indecible.
En cuanto á mí me complace
su delicada reserva,
y...

DUR. Lástima que le falte
á tu fantástico sueño
la circunstancia notable
de ser verosímil.

LUISA. ¡Oh!
Bien pudiera realizarse.

DUR. De cualquier modo, hija mia,
eso es muy vago, y yo antes
escogeria á Richardson
por marido, que entregarme
á una esperanza... quimérica,
sin accion ni desenlace.

LUISA. ¿Y por qué no ha de tenerle?
Tal vez un momento baste
para ponerla en accion.
Yo le aguardo.

ESCENA II.

DICHOS, BAUTISTA.

BAUT. Señor...
DUR. ¿Qué hay?
BAUT. Ahí fuera está una persona
que desea á todo trance
hablar con usted.
DUR. ¿Le has dicho?...
BAUT. Que era imposible.
DUR. ¿No trae
tarjeta ó carta?
BAUT. Asegura
que es una cosa importante.
DUR. Pues pierde el tiempo.
BAUT. Eso mismo
le dije yo, y que desde hace
dos horas estaba usted
con un alto personaje
ocupado sériamente.
Pero ha insistido en hablarle,
pretende que es un negocio
del mayor interés.
LUISA. Padre,
puede que efectivamente
de asunto formal se trate.
Recíbale usted.
DUR. Entonces
dile que pase adelante.

ESCENA III.

LUISA, DURAN.

LUISA. Dejo á usted solo: despues
volveré.
DUR. ¿Con algo nuevo
que contar?
LUISA. Tal vez.
DUR. ¡Magnífico!

Ven, y el rato pasaremos
en formar cuentos de niños.

LUISA. Lo que yo en usted observo,
papá, son dos caractéres
enteramente diversos.

DUR. Que son...

LUISA. El uno el de padre,
el otro es el de banquero.
Conmigo tan complaciente,
tan cariñoso, tan bueno,
y con los demas...

DUR. Prosigue.

LUISA. Con los demas tan severo
¿Por qué no hace usted propósito
de mejorar algo el genio?

DUR. Pero en fin, ¿qué es lo que quieres?

LUISA. Que aparezca usted deseó
menos hombre de negocios
y mas amable. (*Váse.*)

DUR.. Te ofrezco
dar gusto. Se marchó ya.
Veamos quién es el sujeto.

ESCENA IV.

DURAN, *el* VIZCONDE.

VIZC. Señor Duran...

DUR.. Adelante.
¿Puedo saber á quién tengo
el honor de saludar?

VIZC. Antes de todo le ruego
que me dispense el que ahora,
sin anunciarme primero
ni ser de usted conocido,
venga á hablarle.

DUR. Desde luego
está dispensado. Y bien,
¿qué se ofrece? ¿Algun dinero
que imponer? Precisamente
me han encargado el empréstito
de Baviera. Buen negocio:

yo le garantizo el éxito.
Los suscritores á él
hallarán, al propio tiempo
que ocasion de realizar
los beneficios inmensos
que son de esperar, el gusto
de que me nombren por ello
comendador de la insigne
y estimada órden del *mérito*
civil ó de la *corona*,
como dicen. Por supuesto,
negocio seguro. El rey
me distingue con benévolo
interés, y á mi cuidado.
esta comision ha puesto.
¿Usted vendrá por acciones?

VIZC.. Señor Duran, yo no tengo
capitales que emplear.
Por el contrario, el objeto
que aqui me trae...

DUR. No adivino
cuál pueda ser.

VIZC.. (Estoy cierto
de cumplir un deber santo,
y sin embargo, yo tiemblo.)

DUR. Pero en fin...

VIZC. No extrañe usted
que me valga de rodeos,
Yo soy un desconocido:
simple oficial subalterno
de Hacienda...

DUR. La Hacienda, jóven
ha llegado en estos tiempos
á ser una gran carrera,
que produce honra y provecho:
la mas lucida despues
de la banca y el comercio.

VIZC.. Esa esperanza me anima.

DUR. Pero al cabo no comprendo...

VIZC. Una palabra tan solo
explicará mis deseos.
Yo soy, yo soy el vizconde

de Monleon.

DUR. ¿Cómo es eso?
¿Usted el hijo del conde?

VIZC. Si señor.

DUR. Y bien, no acierto...

VIZC. Desde esta mañana se halla
constituido en arresto
mi padre, y su libertad
conseguir de usted pretendo.

DUR.. Entregándome los fondos
que constituyen el débito,
no es difícil.

VIZC. ¡Imposible!
¿Dónde encontrar el dinero?
Ayer aun para todos
los de casa era un misterio
la situacion de mi padre.
Yo, tranquilo y satisfecho,
anoche mismo asistia
á la embajada; ¡y cuán lejos
estaba de presumir
el lamentable suceso
que nos aguardaba! Usted
estaba allí.

DUR. Con efecto,
la embajadora de Nápoles
nos tiene en muy gran aprecio.

VIZC. Allí á dulces emociones
entregado, al movimiento,
á la animacion del baile;
me presentaba risueño
el porvenír. ¿Cómo habia
de asaltarme el pensamiento
de tan próxima desgracia?
A cuadro mas lisonjero,
á mas bellas esperanzas
daba cabida en mi pecho.
¡Desgraciado! No sabia
que todo, todo era un sueño.
¡Y qué horrible despertar!
Esta mañana me encuentro
que al ir á salir de casa

mi padre, ¡divinos cielos,!
¡qué vergüenza! es conducido
á una prision. Al momento
busco á su agente de cambio:
le interrogo: habla; y me entero
de que, vendidas sus rentas
han sido, desde algun tiempo
á esta parte, consumidas
en no sé yo qué proyectos
de explotacion industrial.
Con tales indicios vuelo
á casa del juez: allí
adquiero el convencimiento
de haber sido protestados
varios pagarés.

DUR. Ya veo
que está usted bien enterado.
El tribunal de comercio
ha entendido en el asunto,
y con arreglo á derecho
habrá pronunciado el fallo

VIZC. ¡Quince mil duros!

DUR. Yo siento
que haya tenido lugar
este suceso.

VIZC. Ahora vengo
de buscar á mis amigos,
á los de mi padre. ¡Empeño
inútil! Los desgraciados
pocos amigos tenemos.

DUR. Ellos han debido darle...

VIZC. Consejos, señor, consejos.

DUR. No valen entonces mucho
esos amigos.

VIZC. Al verlos
presenciar indiferentes
mis lágrimas y mis ruegos,
á otra esperanza, á otra idea
me he entregado. El pensamiento
que guia mi peticion
será tal vez indiscreto.
Sin embargo, ello es preciso

que hable asi. ¿No habria medio?..

DUR. Diga usted.

VIZC. De suspender...

DUR. ¿De suspender los efectos?..
Si lo hay. En presentándome
caucion segura, un sujeto
de responsabilidad
que tome á su cargo el débito...

VIZC. ¡Segura caucion! ¿Y quién,
quién ha de darla en sabiendo
que no tardará en saberse,
tan inesperado arresto?
Para evitar el escándalo
hago todos los esfuerzos
imaginables. Há poco,
al salir de casa, dejo
á mi madre desmayada,
á mis hermanas sufriendo
las mas crueles angustias.
¡Ay! En su nombre le ruego
que devuelva usted un padre
á su familia.

DUR. Otro medio
que el dicho, señor vizconde,
para este lance no encuentro.
Habla usted de su familia
con laudable interés; pero
cada uno tiene la suya.
Yo tambien soy padre, y debo
al interés de mi hija
sacrificar los deseos
que en favor de usted me animan.

VIZC. (¡Ah! Su hija.)

DUR. Por opulento
que me crean, ya que siempre
juzgan asi á los banqueros;
quince mil duros ya es suma
de gran importancia. Y luego
si fuera yo solo, bien;
pero hay socios, compañeros
que soportar este *déficit*
no querrán.

VIZC. ¿Y yo pretendo
por ventura, que usted pierda
lo que es suyo? Nada de eso.
La libertad de mi padre
es todo cuanto yo anhelo.
¿Qué gana usted en tenerle
aprisionado? Su crédito
podrá reponerse hallándose
libre. Yo me lisonjeo
de que asi será: el estado
de sus fondos tan adverso
no me parece que impida
en breve restablecerlo.
Por otra parte, en Bretaña
buenas haciendas tenemos.

DUR. ¿Libres de toda hipoteca?

VIZC. Un corto plazo...

DUR. No puedo
acceder, señor vizconde,
aunque de veras lo siento.

VIZC. ¿De modo que usted rehusa?

DUR. Sensible me es en efecto;
pero...

VIZC. ¡Sensible! No hay duda
que en ese dolor... sincero,
podrá encontrar mi familia,
satisfaccion y consuelo.

DUR. Mi posicion...

VIZC. ¿Y la mia?
¿Y la nuestra, caballero?
No merece?...

DUR. Usted me obliga
á recordar que no tengo
el honor de conocerle.

VIZC. (¡Oh dolor! ¡Oh afrenta, cielos!)
Y yo he dirigido á usted
mis súplicas! Me avergüenzo
solo de haberlo intentado.
Corazon ni sentimientos
de padre usted no los tiene.
Usted...

DUR. ¡Señor mio!

ESCENA V.

DICHOS, MARTIN.

MAR. ¿Qué es eso?
DUR. No es nada. El señor vizconde
de Monleon...
MART. (¿Qué estoy viendo?
¡El hijo del conde aqui!)
DUR. No olvidará, asi lo espero,
que está en mi casa. Martin,
venga, firmaré el correo.
MART. (¡Pobre jóven!)
VIZC. ¡Ay! Usted
en su dureza de hierro,
ó mejor dicho de oro,
porque aseguran, y es cierto,
que el oro es menos flexible;
usted no sabe el efecto
que tan cruel negativa
va á producir; los tormentos
que agitan mi corazon.
Era preciso el respeto,
el cariño de un buen hijo,
y yo de serlo me precio,
para aventurar un paso
tan humillante. Y no veo
en usted mas que el verdugo
de mi padre.
DUR. ¡Caballero!
Eso es traspasar...
VIZC. Mi madre
morirá del sentimiendo:
sin porvenir mis hermanas,
lastimado ya el concepto
de la familia, tendré
que renunciar á mi empleo,
y con él á la esperanza,
á los soñados proyectos
de felicidad. Pues bien,
señor Duran, si el objeto

que se propone, es que alguno
de nosotros esté preso,
quede en libertad mi padre;
y ocuparé yo su puesto.
Esta gracia...

DUR. Es imposible
que no halle usted el dinero
en lo que resta de dia,
ó fianzas á lo menos.
Hasta las seis de la tarde
el señor, que es mi cajero,
le aguardará. No hay ya mas
que decir.

VIZC. Ni yo aqui tengo
mas que hacer.

ESCENA VI.

DURAN, MARTIN.

MART. Enternecido
y aun atónito me quedo.
¡Qué ingenuidad, qué nobleza,
qué expresion de sentimientos!

DUR. Tambien yo estoy admirado;
mas disimulo, atendiendo
á que no es la compasion
lo que sirve en el comercio
para realizar ganancias.
A propósito: celebro
que no viniera ese jóven
ayer antes del arresto.

MART. ¿Por qué?

DUR. Porque ayer aun
el conde no estaba preso;
y al ver al hijo me hubiera
compadecido su acento;
al paso que hoy no es posible
el deshacer ya lo hecho.
De esta manera aseguro
la cobranza de mis créditos;
y demostraré que yo

no soy tan blando de genio
como piensan: que no soy
un buen hombre.

MART. No por cierto.
Para apellidarle asi
pocos hallarán pretexto.

DUR. Sin embargo, ello es que dicen
que soy débil.

MART. No comprendo
el motivo.

DUR. ¿Mi abogado
le merece á usted asenso?

MART. El doctor Dupré: ¿tal vez
ha estado aqui?

DUR. Si, momentos
antes de entrar el vizconde
se despidió.

MART. (¡Qué embustero!
¡con qué desenfado miente!)

DUR. En su dictámen, yo debo
mostrarme mas rigoroso
que acostumbro.

MART. Buen consejo;
mas yo he visto, realmente
visto á Fortier...

DUR. Gran sujeto.
Probo, inteligente, activo...
¿Y qué dice Fortier?

MART. Hemos
hablado sobre el asunto.
Piensa que el conde está lejos
de hallarse tan arruinado
como nosotros creemos
ó se figuran algunos.

DUR. Tanto mejor.

MART. Que el deseo
de proporcionar en breve
un considerable aumento
á la dote de sus hijas,
le indujo á entrar en proyectos
cuyo fatal resultado
toca ya de cerca; pero

le supone con recursos
para pagar.

DUR. Segun eso,
hice muy bien en prenderle.

MART. Al contrario: en su concepto
han debido con el conde
tenerse mas miramientos.

DUR. ¡Bah! Fortier es un judio.

MART. Yo su opinion manifiesto.
Tanto peor si un judio
se muestra menos severo
qne usted.

DUR. Bien, señor Martin.
Al admirar los esfuerzos
conque toma la defensa
de mis deudores, confieso
que me obliga á sospechar
si les cobrará el derecho
de proteccion. ¿No es asi?

MART. ¡Ah, señor! Treinta años llevo
de emplearme en su servicio:
pues bien, en todo ese tiempo,
que es la mitad de mi vida,
haberme portado creo
siempre con delicadeza,
con honradez y con celo.
¿Cómo habia de esperar
se diera á mi pensamiento
tan dura interpretacion?
Sensible me es en efecto
tener á mi edad que oir
reproches que no merezco.
Si en este fatal negocio
de su parecer difiero,
no es por afeccion al conde
ni al hijo: si los defiendo
es porque lo exige asi
mi deber, es porque temo
que aparezca usted cruel
sin utilidad, pudiendo,
á la vez que interesado,
ser generoso y atento.

Por otra parte, el vizconde
se ha expresado en unos términos
que dicen en su favor
cuanto el mas feliz ingenio
no alcanzaria á expresar.
¡Qué jóven ese tan bello!

EUR. ¿Ahora me hace usted su elogio?

MART. ¿Cómo pudiera no hacerlo?
Sin embargo, en su presencia
no me he permitido un jesto,
una palabra que indique
aprobacion; pero luego
justo es confesar que tiene
razon, que es un caballero,
y que estaria muy bien...

DUR. Si sacara del encierro
al padre. En definitiva,
¿lo que usted quiere no es esto?
Pues bien, abra usted mis arcas
y vácielas en su obsequio:
á todos sus acreedores
vaya á parar mi dinero.
Disperse usted mi fortuna;
no haya cuidado por eso.
Asi á la mendicidad
reducidos quedaremos
mi hija y yo; pero ¿qué importa?
Usted habrá satisfecho
con rumbo y esplendidez
su filantrópico objeto.
No le hacia yo tan grande,
tan generoso, tan bueno.
En cambio yo soy avaro,
áspero, cruel, grosero;
y todo ¿por qué? Veamos.
Porque estafar no me dejo
quince mil duros; en tanto
que mi honorable cajero,
que entiende perfectamente
sus deberes...

MART. Los entiendo,
si, señor; pero olvidarlos

pudiera á seguir mas tiempo...

DUR. No, viejo maligno, no:
yo soy quien le cede el puesto.
Tengo una cita en la Bolsa
y acudir á ella es primero.
Hasta las seis de la tarde
que ha de esperar le recuerdo
al vizconde. Una palabra
todavia. El caballero
Richardson vendrá despues.
Al volver, que halle dispuesto
el estado de sus cuentas:
déselo usted. Me contengo
para no olvidar que soy
hombre de negocios. (*Váse.*)

MART. Ciego
vá de cólera, y no obstante
se hace él mismo cumplimientos.

ESCENA VII.

LUISA, MARTIN.

LUISA. ¿Qué significa ese ruido?

MART. Señorita...

LUISA. ¿Qué ha pasado?

MART. Nada.

LUISA. Te encuentro agitado:
dime lo que ha sucedido.
Yo atravesaba el salon
cuando mi padre salia:
irritado parecia...

MART. Me ha dado un buen sofocon.

CUISA. ¿Te ha reprendido? Perdona
su genio, amigo Martin;
es violento; pero al fin
su buen corazon le abona.
En sabiendo hallar el modo
de hablarle, con cierta maña,
se le mima, se le engaña,
y se consigue de él todo.

MART. Cierto; no digo que no:
eso podrá suceder
teniendo el honor de ser
como usted su hija; mas yo,
y de la misma manera
el señor de Monleon,
que con igual proporcion
no nos hallamos...

LUISA. Espera.
Has citado un apellido
que me inspira un verdadero
interés. Al caballero
de que hablas, ¿ha conocido
mi padre?

MART. De conocerle
presumo que tendrá gana,
toda vez que esta mañana
me dió la orden de prenderle.

LUISA. ¿Y ha tenido ejecucion
la órden?

MART. Cumplida.

LUISA. El motivo
sin embargo, no concibo
de esa determinacion.
¿Cuál es?

MART. (Con mucho interés
á hablar del caso me incita.)
Yo diré á usted, señorita:
median varios pagarés
no satisfechos el dia
del vencimiento; y merced
á este incidente, que usted
de seguro ignoraria...

LUISA. (Mal reprimo mi inquietud.)
Todo ello se me figura
que será alguna locura
propia de la juventud.
El padecer mil engaños
efectos de la edad son.

MART. ¡Si el personaje en cuestion
tiene ya sesenta años!
Pero ¡bah! no estoy en mí:

yo hago relacion al conde,
y usted habla del vizconde,
del hijo, ¿no es cierto?

LUISA. Si.

MART. ¿Un joven bien parecido?

LUISA. Ese.

MART. ¡Con qué dignidad
se ha conducido!

LUISA. ¿Verdad
que es sujeto distinguido?

MART. Mucho; ¿pero usted tambien
le ha tratado, señorita?

LUISA. En algun baile, en visita...

MART. ¿Y le ha parecido bien?

LUISA. Si tal.

MART. No puede negarse
que es guapa figura; y luego
qué noble ademan, qué fuego,
qué manera de expresarse.

LUISA. ¿Ha estado en casa?

MART. Venia
á suplicar por su padre;
á pedir gracia: mi madre,
mi pobre madre, decia,
morirá del sentimiento:
quedarán sin porvenir
mis hermanas. Yo al oir
aquel expresivo acento
que demostraba su afan,
enternecido quedé.

LUISA. Tú eres bueno, ya lo sé.

MART. Si, pero el señor Duran,
con quien es locura grande
entrar en ciertas cuestiones,
ha dicho á todo que nones:
nada ha habido que le ablande.
El vizconde proyectó
á su padre libertar,
ocupando él su lugar.

LUISA. ¿Pero el mio rehusó?

MART. Condescender no le plugo.

LUISA. ¡Qué rasgo ese de buen hijo!

MART. Y qué expresion cuando dijo
este, en usted el verdugo
de mi padre solo veo.
LUISA. Esto es horrible, Martin.
MART. Y añadió despues: al fin
tendré que perder mi empleo.
LUISA. Buena desgracia seria.
MART. El asunto es delicado...
LUISA. Veo que mi padre no ha estado
muy generoso este dia.
Usar de de medios tan duros,
de providencia tan seria,
¡tal vez por una miseria!
MART. ¡Miseria quince mil duros!
LUISA. Esa cantidad yo pienso
que es de importancia ninguna
para el hombre de fortuna
que tiene un crédito inmenso.
Quince mil duros, ¿qué son,
sino un puñado de plata,
cuando por ello se trata
de salvar de la prision
á tan noble caballero?
MART. Y que, sin gran embarazo,
pudo concederle un plazo
para aprontar el dinero.
Eso el vizconde pedia,
y eso aconsejaba yo;
mas nada, dijo que no:
fué inútil nuestra porfia.
LUISA. Pues es necesario, urgente
buscar esa cantidad,
y poner en libertad
al conde inmediatamente.
MART. Y eso, ¿cómo se ha de hacer?
LUISA. ¿Cómo? Tú tienes las llaves
de la caja.
MART. Mas...
LUISA. Ya sabes
el medio.
MART. No puede ser.
Señorita, eso seria,

si yo no comprendo mal,
faltar á mi principal
haciendo una villania.
Ademas, cualquier valor
entra y sale por registro,
y yo solo no administro
los fondos: el tenedor
de libros lleva tambien
cuenta y razon: de manera
que aun cuando yo consintiera,
eso es imposible.

LUISA. Y bien,
dime: cueste lo que cueste,
¿no se encontrará un sujeto
fiel, generoso y discreto
que ese dinero nos preste?

MART. Fiel, generoso y... ¿qué mas?
Muchas cualidades son.

LUISA. ¿Ni aun para una buena accion
darme tu auxilio querrás?
¿Tu compasion no se excita?
¿No hallas un medio seguro
para salir del apuro?

MART. Oigame usted, señorita.
Su madre de usted me dió
el puesto y cargo que llevo,
lo que soy, á ella lo debo:
juzque por tanto si yo
querré á la hija. Conque asi,
no digo una accion honrosa,
haria yo... cualquier cosa
siempre que estuviese en mí.
Pero...

LUISA. A mi madre has nombrado
con eficacia notoria;
porque su buena memoria
un recuerdo me ha inspirado.
¿Me ayudarás?

MART. Lo prometo
si ello es posible.

LUISA. ¿Te sientes
con las fuerzas suficientes

para guardar un secreto?

MART. Bien.

LUISA. Suceda lo que quiera.

MART. Si.

LUISA. Entonces, vuelvo al momento.
Ha sido un buen pensamiento.

MART. Pero sepamos...

LUISA. Espera.

ESCENA VIII.

MARTIN.

¡Partió como una centella;
y con tal exaltacion!..
Pero los de Monleon,
¿qué tienen que ver con ella?
Nunca los ha conocido:
yo á lo menos, no sé dónde.
—¡Sin embargo, este Vizconde
que encuentra tan distinguido!..
Mostrar tan gran interés;
y sin admitir consejo
pretender librar al viejo,
¿no es extraño? Si lo es.
—Y no obstante, mi deseo
por libertarle es igual.
—¿Fallará mi habitual
perspicacia? No lo creo.
Ella tiene en el magin
alguna idea, es preciso.
Estaremos sobre aviso;
y...

ESCENA IX.

MARTIN, LUISA.

LUISA. ¿Lo has pensado, Martin?

MART. Lo que usted proyecta ignoro;
mas no importa: en todo caso
no hará usted que yo dé un paso

ofensivo á mi decoro
y lealtad.

LUISA. En eso estoy.
Lo que yo te diga harás;
y no lo sabrá jamás
mi padre. Júralo.

MART. Doy
mi palabra.

LUISA. Por valor
de mil onzas hay aqui.
Marcha; y sin nombrarme á mí,
deja libre á ese señor.
(*Habriendo el estuche.*)

MART. Veamos lo que hay. El collar
de perlas. A ver á ver;
¿no es este el collar que ayer
no queria usted llevar?

LUISA. Era el collar de mi madre:
ahora es mio, y yo le cedo.
Enajenarle bien puedo
sin consultar á mi padre.

MART. Nos metemos en un lio
si ve que falta esa alhaja.

LUISA. Él dispone de su caja:
yo dispongo de lo mio.

MART. Ya veremos...

LUISA. Yo no quiero
que nuestro nombre figure
en ésto, ni se censure
por cuestiones de dinero.

MART. ¿Mas qué haremos del collar?

LUISA. Sacar de él algun partido;
y ya empeñado ó vendido,
con el importe pagar.
Quince mil duros, cualquiera
podrá dártelos por él.
—Fuera en verdad muy cruel
que por nosotros perdiera
su empleo el jóven Alberto.

MART. ¿Sabe usted cómo se llama?
(Vamos, no hay duda, le ama.)

LUISA. ¿Alberto dije? Pues cierto:

asi se nombra. Ya ves,
que es necesario...

MART. Tal prisa
me hace, señorita Luisa,
suponer que hay interés
de parte de usted...

LUISA. Supon
lo que fuere de tu agrado;
mas que no siga arrestado
el conde de Monleon. (*Váse.*)

ESCENA X.

MARTIN.

Justo es libertar al viejo;
y ya he formado mi plan.
no quiere el señor Duran
aprovechar mi consejo.
Quiere, mas bien, que del arte
me valga y la intriga. Sea:
veremos en la pelea
quién lleva la mejor parte.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Igual decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN.

Pues señor, inútilmente
la poblacion he corrido;
no puedo sacar partido
del collar. Y es cosa urgente
facilitar el dinero.
Fuí á ver al diamantista
de casa, al señor Bautista;
no está en Paris. El joyero
que me habian indicado,
dice cambio y vendo todo;
mas comprar de ningun modo.
Otro intento malogrado.
En suma, lo que yo he hecho
por cumplir con el encargo,
no es decible, y sin embargo,
todo ha sido sin provecho.
Pagar en seis meses pide
uno que desea comprarlo,
otro quiere examinarlo
entre tanto se decide.

Y lo que es para el empeño
buen tiempo se necesita,
ínterin uno acredita
que es el legítimo dueño,
ó no lo es. De manera,
que me he vuelto sin saber
lo que nos conviene hacer.
El caso no admite espera;
es de toda precision
hallar esa cantidad,
para dar la libertad
al conde de Monleon.
Mas no sé...

ESCENA II.

MARTIN, RICHARDSON, BAUTISTA.

RIC. ¿Conque no está?
BAUT. Salió, y le han acompañado
dos consejeros de Estado;
pero pronto volverá.
Me encargó que si venia
el señor, le hiciese entrar.
RIC. Bien, aqui podré esperar.
No faltará compañia.

ESCENA III.

MARTIN, RICHARDSON.

MART. Ya está lista la factura.
RIC. ¿Tan pronto?
MART. (¡Qué idea! Si yo
me atreviese... ¿Y por qué no?
Con él es cosa segura
el secreto; vá á partir...)
RIC. Observo una exactitud
grande en usted.
MART. No es virtud.
RIC. ¿Cómo?
MART. No es mas que cumplir

en cuanto á mi afan se alcanza
los deberes que el empleo
me señala.

RIC. Este deseo
ya es de por sí una alabanza.

MART. (*Haciendo como que busca en el escritorio.*)
Yo habia metido el ajuste,
ya corriente, en esta caja...

RIC. ¿Y eso que encierra?

MART. Una alhaja.
(Es probable que le guste.)

RIC. ¿La puede usted enseñar?

MART. Si señor, está de venta.
—Pero esa maldita cuenta...
—Es un hermoso collar.

RIC. ¿Que tiene usted á vender?

MART. Si, señor; pero... no encuentro ..
Y debia hallarse dentro.

RIC. A ver el collar, á ver.

MART. Por fortuna aqui está ya.

RIC. ¿La joya?

MART. La cuenta. Activo
en este lado, pasivo
en este otro.

RIC. Bien está.

MART. El resultado...

RIC. Es igual:
déme usted.

MART. ¿Mas no confronta
las partidas?

RIC. Tanto monta
que esten bien ó que esten mal.

MART. No para mí.

RIC. Lo que quiero
es ver el collar...

MART. Tambien
alcanza usted unos cien
duros y pico. El dinero
luego se lo haré entregar.

RIC. Mándelo usted cuando quiera:
no pasa de una friolera;
pero el collar, el collar.

MART. Es que hay una exposicion
en verlo; y debo advertir...
RIC. ¿Cuál es?
MART. La de sucumbir
despues á la tentacion
de comprarlo.
RIC. Ese temor
es mas bien razon de mas.
MART. ¿Convendria á usted quizás
hacerse de él?
RIC. Si, señor.
En mereciendo la pena,
le compro.
MART. Es joya precíosa.
RIC. (*Abriendo el estuche.*)
Veamos. No hay duda, es hermosa.
MART. ¿Qué dice usted?
RIC. Que es muy buena
para un regalo de boda.
Yo he recorrido, estos dias
las tiendas, las joyerias,
los almacenes de moda.
Y no he podido encontrar,
por mas que el oro derrame,
prenda que tanto me llame
la atencion como el collar.
MART. Pues con mérito tan raro,
segun todo el que lo ve,
nadie lo compra.
RIC. ¿Por qué?
MART. ¿Por qué ha de ser? Porque es caro.
Y á tener ese capricho,
se necesita primero
aficion; luego dinero.
RIC. Le compro.
MART. ¿Cómo?
RIC. Está dicho.
Sepamos cuánto le debo.
MART. Veinte mil duros costó;
mas...
RIC. Voy á dárselos.
MART. No.

RIC. Si por cierto; me lo llevo,
y su valor satisfago.
Traigo aqui precisamente
la cantidad suficiente
para realizar el pago.
Voy...

MART. Usted no me comprende.
La persona que me envia
con esta alhaja, en el dia
quince mil duros pretende
solo por ella.

RIC. El motivo...

MART. Es que el tiempo ha rebajado
el importe ya indicado
de su valor primitivo.

RIC. Pero yo ofrecí los veinte,
y mi palabra es sagrada.
Recíbalos usted.

MART. Nada:
quince tomo solamente.

RIC. ¿Y usted no sabe que en breve
espero salir de Francia?

MART. No ignoro esa circunstancia.

RIC. Entonces contarse debe
por muy señalada accion
la suya, y en consecuencia
guarde usted la diferencia
por via de comision.

MART. No. La venta se ha ajustado
en trescientos mil reales,
quince mil duros cabales,
ni uno mas de lo pactado.

RIC. Es laudable proceder,
y...

MART. Nada mas natural
segun mi juicio.

RIC. No tal.

MART. Complazca á usted el saber
que esa cantidad, buscada
por mí con tanto desvelo,
vá á llevar dulce consuelo
á una familia angustiada.

RIC. Tanto mejor si se alcanza
con el trato que hemos hecho
satisfaccion y provecho.
MART. Esa es tambien mi esperanza.
Buena idea me inspiró
al enseñarle el collar.
RIC. Y la que lo ha de llevar,
—de eso le respondo yo,—
le dará gran importancia.
MART. En América... (No hay duda,
su partida nos escuda.)
RIC. En América... (Ó en Francia.)
Ahora paguemos.
MART. (De apuros
gracias que se sale al fin.)
RIC. Tome usted, señor Martin:
aqui habrá quince mil duros.
En bonos contra el tesoro,
tres, seis, nueve, doce mil.
Contra el baron de Rotschild
el resto en letra, que es oro
contado y sin dilacion
efectivo.
MART. Asi lo espero.
(Ya tenemos el dinero:
ya cumplí mi comision.)

ESCENA IV.

DICHOS, BAUTISTA.

BAUT. El señor Duran á usted (*A Martin.*)
en el gabinete espera.
MART. Dile que voy al momento.
Usted (*A Richardson.*) me dará licencia...
(*Váse.*)
RIC. ¡Oh!....
BAUT. La señorita sale. (*Váse.*)
RIC. Bien.—¡Cuidado si está bella!

ESCENA V.

RICHARDSON, LUISA.

LUISA. A esta visita parece
que ha dado usted verdadera
importancia.
RIC. Señorita,
no puedo ocultar que en ella
he puesto un vivo interés.
LUISA. Toda vez que lo desea,
la víspera de su marcha,
si no impolítico, fuera
inútil negar á usted
una cosa tan pequeña.
RIC. Es que aun no está mi marcha
completamente resuelta.
Hay circunstancias que acaso
me obliguen á suspenderla.
LUISA. ¿Circunstancias... imprevistas?
RIC. Me extraña que usted no sepa
cuáles son mis intenciones.
LUISA. ¿Y yo cómo he de saberlas?
RIC. Entonces su señor padre
nada le habrá dicho acerca
de pensamientos que tienden
á fijar mi residencia
en Paris. ¿No le ha indicado
que establecerme pretendo?
¿Y para ello?...
LUISA. Algo me ha dicho;
pero como es cosa séria;
he juzgado aventurada
la noticia.
RIC. Pues es cierta.
LUISA. ¡Súbita resolucion!
RIC. No extrañe usted que lo sea.
Generalmente así van
nuestros proyectos: á ciegas
nos inclinamos á andar
del mundo en la estrecha senda.

Cualquier lance inesperado
hace variar las empresas
mas firmes. Dos bellos ojos
bastan...

LUISA. ¿Dos ojos apenas
conocidos bastarian
á ejercer tal influencia
en usted y en ocho dias?

RIC. Para estimar la belleza
menos tiempo es necesario.
Dos bellos ojos penetran
hasta el corazon, y en él
lanzan de amor la saeta.
La persona que yo amo...

LUISA. ¿Que usted ama?

RIC. Hablo de veras.
Si el vuelo á mis esperanzas
tender complaciente deja;
si adivina todo el fuego
que en mi corazon se encierra;
si favorece mi afan
con grata correspondencia,
yo le ofrezco un porvenir
de felicidad completa.
¡Oh, mi pensamiento es grande!
Y en tal ocasion, al verla
cerca de mí irresoluta,
pensativa, yo quisiera
desplegar ante sus ojos
la perspectiva risueña
conque yo engalanaria
el cuadro de su existencia.
Una vida de placeres,
fácil, cómoda, serena,
sobre todo independiente...

LUISA. Permítame usted que en esa
palabra yo le interrumpa.
Habla usted de independencia.
Cada uno forma la suya
á merced de sus ideas.
La independencia, á mi ver,
mucho mas que en la riqueza,

en el carácter estriba.

RIC. Cierto; pero la opulencia
solamente dá los medios
de disfrutar.

LUISA. De manera
que esos cuarenta millones
que usted con tanta largueza
brinda, la muestra, el empeño
serán de una dicha cierta?

RIC. Son la mejor garantia.

LUISA. Usted usa una franqueza
que desarma.

RIC. Yo concibo
perfectamente que es fuerza
amarse, que han de mediar
de afecto seguras pruebas,
y yo por desgracia me hallo
respecto á eso, hasta la fecha,
sin saber á qué atenerme.
Mas dado que se comprendan
dos seres, que reine entre ellos
amorosa inteligencia:
la vida tiene su encanto;
y seria una simpleza,
refugiarse á una cabaña,
para practicar en ella
ese dicho popular
que corre como sentencia:
«Contigo pan y cebolla.»
¿En dónde hay cosa mas necia?
Se podrá excusar el lujo,
el brillo y magnificencia;
podrá vivirse al abrigo
de una fortuna modesta;
pero el punto principal,
créame usted, es que se tengan
los medios para gozar
de todo cuanto se quiera.
La que yo amo no ha de estar
en posicion subalterna.
Por el contrario, la suya
ha de ser brillante, espléndida...

LUISA. Yo le dejo á usted decir.
RIC. Está claro: siempre alegra
lo que el ánimo seduce.
Mi mujer, ya sea en su tierra,
ya sea en cualquiera otra parte,
ha de mandar como reina.
Ha de ver á su capricho,
á un jesto, á la menor seña,
veinte esclavos á sus piés.
LUISA. Esclavos habrá en América;
pero aquí no se conocen.
RIC. Igual, aunque con diversa
denominacion. Criados
se les llama: en hora buena.
Criados fieles, obedientes,
no á causa de su piel negra
ó blanca, que es lo de menos:
no porque comprados sean;
sino porque se les pagan
sus servicios con largueza.
Esta es de la esclavitud
la teoría verdadera.
Yo reservo á mi mujer
cuanto el pensamiento crea
de maravilloso: bailes,
conciertos, viajes, fiestas.
Ha de adornar su persona
y realzar su belleza
con los objetos mejores
de lujo: el oro, la seda,
los diamantes... Ahora mismo
he comprado para ella,
como parte del regalo
de boda, que ya me cuesta
sobre noventa mil duros,
una joya, linda pieza.
¿Quiere usted que se la enseñe?
LUISA. Enseñármela...
RIC. Con verla
(Abre el estuche y se lo presenta.)
nada se pierde.
LUISA. ¡Gran Dios!

¿Qué miro? ¿El collar de perlas!)
¿Este collar, desde cuando
pertenece á usted?

RIC. De apenas
un cuarto de hora.

LUISA. ¿Comprado?

RIC. Si, por una bagatela.
Quince mil duros.

LUISA. (Martin
ha cumplido su promesa.
Salvó al conde.)

RIC. Señorita,
¿verdad que es obra maestra?

LUISA. No hay que dudarlo.

RIC. Me alegro.

LUISA. Doy á usted la enhorabuena
por tan linda adquisicion.

RIC. Yo no vacilé...

LUISA. Eso prueba
que es usted hombre de gusto,
que entiende de joyas.

RIC. (Héla
ya rendida, almibarada.
Todas, no hay que darle vueltas,
mas pronto ó mas tarde, acaban
por sucumbir.) ¿Esa prenda
ha dicho usted que le agrada?

LUISA. Me ha parecido que es buena.

RIC. Pues mi deseo, y tambien
la esperanza que me alienta
es, ¿por qué no he de decirlo?
Que usted se quede con ella.

LUISA. (¡Qué osadia!)

RIC. Hablemos claro.
Yo pretendo que usted sea
mi mujer.

LUISA. Señor Richardson,
voy á hablar; y mi franqueza
disculpa hallará en la suya.

RIC. ¿Cómo?

LUISA. No entra en mis ideas
el ser su esposa.

RIC. ¿Qué escucho?
LUISA. Créame usted, esos cuarenta
millones le hacen gran daño.
RIC. Pues esta es la vez primera
que en mi oido cumplimientos
de tal especie resuenan.
LUISA. Yo siento...

ESCENA VI.

DICHOS, BAUTISTA *anunciando al* VIZCONDE.

BAUT. El señor vizconde
de Monleon.
RIC. ¡Monleon!..
LUISA. (¡Aqui Alberto!)
VIZC. Señorita.
yo no esperaba el honor...
LUISA. ¿Quiere usted ver á mi padre?
¿No es esto? Sin dilacion (*A Bautista.*)
avísale que está aqui
el señor vizconde.
BAUT. Voy.

ESCENA VII.

LUISA, RICHARDSON, *el* VIZCONDE.

RIC. (Yo recuerdo este apellido.)
VIZC. Si no me engaño, el señor
debe ser, no tiene duda,
mi amigo Richardson.
LUISA. ¡Oh!
¿Conque ustedes se conocen?
RIC. ¡Yo lo creo! Si los dos
hemos sido en el colegio
íntimos amigos. Yo
vacilaba...
VIZC. Con diez años
que van de separacion,
no es extraño.
RIC. Por si acaso

padecia algun error.
Pero no, y estoy seguro;
ya recuerdo hasta su voz,
la misma figura...

VIZC. ¡Encuentro
feliz!

LUISA. En tal ocasion
dejar á ustedes á solas
pienso que estará mejor.
Sírvame esto de disculpa.
Vizconde, la recepcion
que le haga mi padre, espero
no habrá de pesarle. Adios,
señor Richardson. ¿Aun
nos veremos?

RIC. ¿Por qué no?

ESCENA VIII.

RICHARDSON, *el* VIZCONDE.

VIZC. (¿Qué habrá querido decirme?)

RIC. El bueno de Monleon,
que yo quise tanto. Y bien,
¿eres feliz?

VIZC. ¿Si lo soy?
Ayer tal me parecia.

RIC. ¿Y has cambiado de opinion
de ayer acá? ¿La fortuna
te ha tratado con rigor
en tan breve tiempo?

VIZC. Amigo,
el placer huye veloz,
y bien pronto... Pero tú,
si esto no es indiscrecion,
cuéntame, ¿qué es de tu vida?
¿Qué es lo que haces aqui?

RIC. ¿Yo?

VIZC. Si.

RIC. De fijo no lo sé.

VIZC. ¡Oiga!

RIC. Pienso que me voy.

VIZC. ¿Qué te vas?
RIC. Tambien yo tengo
para estar de mal humor
sobrada razon ahora.
VIZC. ¿Cómo sobrada razon?
RIC. Hoy, vizconde, me he llevado
un chasco solemne.
VIZC. ¿Hoy?
RIC. Es verdad que cada dia
se pierde alguna ilusion.
Pero esta ha sido sensible.
Encontrarse á lo mejor
un hombre, con que el objeto,
cuya dulce posesion
anhelaba, se presenta
indiferente á su amor,
y mata sus esperanzas!
Esto cuando se creyó
que eran todas las mujeres
dadas á la presuncion,
al coquetismo, al deseo
de brillar.
VIZC. Notable error
era ese.
RIC. Haberle ofrecido
mi mano, mi corazon,
mi fortuna, y un regalo
de boda de gran valor,
como que me habia costado
próximamente un millon
y ochocientos mil reales.
VIZC. Y ella...
RIC. Todo lo rehusó.
Si; de nada me ha servido
cuanto tengo y cuanto soy.
Yo le presenté esta joya,
(Abriendo el estuche.)
un collar de perlas...
VIZC. ¡Oh!
este collar...
RIC. ¿Te sorprende?
¿Seremos tal vez los dos

rivales?

VIZC. ¿Mas quién es ella?

RIC. La hija del banquero. Estoy
en que tú tambien le tienes....

VIZC. ¿Qué le tengo?

RIC. Inclinacion.

VIZC. ¿A qué negarlo? Pero ella
nunca ha sabido mi amor.

RIC. ¿No ha podido adivinarlo?
Porque las mujeres son
linces para eso.

VIZC. Silencio,
que viene el padre.

ESCENA IX

RICHARDSON, *el* VIZCONDE, DURAN, MARTIN.

DUR. Señor
Vizconde, muy bien venido. (*A Richardson.*)
Soy con usted al momento.

VIZC. Yo espero que dé al olvido
si en el acaloramiento
de esta mañana, de mas
alguna palabra usé.

DUR. Olvidado: yo quizás
exigente me mostré.
Y de este lance impensado
disculpa á su señor padre
daré.

MART. (¡Aun no se ha marchado
el otro!)

VIZC. Tal vez le cuadre,
y pienso que aceptar pueda
la nueva proposicion
que le traigo.

MART. (Esto se enreda
si media una explicacion.)
Sin duda el señor, ignora...

VIZC. Un amigo, alto empleado
de hacienda, que he visto ahora,
y que conoce el estado

de la casa, se ha ofrecido
á prestar la garantia
que usted antes ha exigido.

DUR. Es cierto: yo me avenia
con esa formalidad,
á estar la cuenta pendiente;
pero no en la actualidad.

VIZC. ¿La razon?..

DUR. Es evidente.

VIZC. No entiendo...

DUR. Yo estoy pagado;
yo he recibido el dinero.
Conque asi...

VIZC. ¿Mas quién lo ha dado?

DUR. Por medio de mi cajero,
los trescientos mil reales
en mi poder tengo ya.

RIC. ¿Trescientos mil?

DUR. Si, cabales.
Martin se lo explicará.

MART. De estar cobrados doy fé.
Mas quien el crédito abona
manifestar no podré.
Ademas, que esa persona
quiere guardar el secreto.

VIZC. ¿Cómo admitir el favor,
sin conocer al sujeto
que ha de ser nuestro acreedor?

MART. Al señor Vizconde ruego
que no insista.

VIZC. ¿Por qué no?

MART. Porque á su empeño me niego.

RIC. (¿Si iré adivinando yo?)

VIZC. El velo, señor Duran,
es muy trasparente: á usted,
que ha conocido mi afan,
debemos esa merced.

DUR. No.

VIZC. ¿De qué sirve el negar,
cuando nos hace un servicio?
Bien podemos aceptar
de usted ese beneficio.

Pero de otro, sea quien quiera,
y ocultándose, declaro
que de ninguna manera.

RIC. (Esto que suceda es raro.)

VIZC. Mi padre, seguramente
que jamás consentirá
en admitir ciegamente
el papel que se nos da.
Hay en esa ocultacion
de quien servirnos pretende
un fondo de precaucion
que nuestro decoro ofende.

DUR. ¿Pero qué le hemos de hacer
si estoy pagado?

VIZC. Yo ignoro...

DUR. Hé aqui los fondos.

RIC. A ver.

DUR. En bonos contra el tesoro
doscientos cuarenta mil
reales. (*Al Vizconde.*)
Vea usted bien la cuenta.
Contra el Baron de Roschild
una letra de sesenta
mil, antes de ayer vencida.

RIC. Pero estos son mis valores.

VIZ. Y DUR. ¿Sus valores?

MART. (Por mi vida,
que esto va mal.)

RIC. Si, señores.
(*A Duran.*) No ha mucho, de su cajero
he recibido una joya
en cambio de ese dinero.
Véala usted.

MART. (¡Aqui fué troya!)

DUR. ¡El collar de mi hija!!

MART. (Al fin
se ha descubierto la intriga.)

VIZC. (¡Era de su hija!)

DUR. Martin,
¿qué ha hecho usted?

MART. (No sé que diga.)

DUR. Sesenta años de honradez

á impedir no han alcanzado,
que destruya de una vez
su buen nombre! ¡Desdichado!

RIC. (Pues la niña, vió el collar
en mi mano, y nada dijo.)

DUR. Hable usted.

MART. No puedo hablar.

RIC. (Estan de acuerdo. Esto es fijo.)

DUR. ¿Conque nada que exponer,
nada se le ocurre en pró
de ese extraño proceder?
¿Quién me explica entonces?..

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Yo.
Una palabra tan solo
á demostrar bastará,
que Martin obró sin dolo.
Usted ya recordará (*Ap. á Duran.*)
la conversacion, el sueño
de esta mañana.

DUR. Si á fé.

LUISA. Pues todo mi afan, mi empeño
era por... (*Señalando al Vizconde.*)

DUR. Entiendo; y sé
(*Siguen hablando.*)
lo que hacer conviene.

RIC. Alberto,
Luisa es jóven, rica y bella;
y te ama, ténlo por cierto.

VIZC. Pero...

RIC. Cásate con ella.

DUR. (*A Martin.*) Veo, Martin, que estuve ciego
al pensar... y me excedí;
que disculpe usted le ruego
mi aturdimiento...

MART. Por mí...

DUR. Señor Vizconde, yo debo
una gran reparacion,

y casi á esperar me atrevo
que el conde de Monleon,
comprenderá fácilmente
cuánto ha sido mi pesar,
por el fatal accidente
á que hoy he dado lugar.
En prueba de mi interés
vamos á buscarle al punto.

RIC. Para convenir despues
en arreglar otro asunto.

DUR. Volveremos á comer
todos en familia.

RIC. Bueno,
yo daré mi parecer
aunque á la cuestion ajeno.

LUISA. (¿Qué irá á decir?)

RIC. El vizconde
ama á Luisita; y yo creo
que ella á su amor corresponde.
Una á entrambos himeneo.

DUR. Si hay cariño...

VIZC. Yo, señor,
no puedo negarlo.

DUR. (*A Luisa.*) Y bien,
¿qué dices tú?

LUISA. Que ese amor...

RIC. No acogerá con desden.

DUR. Pues si el señor conde aprueba
que se haga este casamiento,
no hay razon por que yo deba
negar mi consentimiento.

MART. Inútil es, segun creo
ya, la venta del collar;
y podemos...

RIC. Lo deseo
por ahora conservar.

MART. Pero...

RIC. A mi plan acomoda.

MART. ¿Qué fin?..

RIC. Era destinado
para un regalo de boda,
y el objeto no ha variado.

Alberto, voy á partir
de Francia inmediatamente.
¿Te negarás á admitir
este sencillo presente?

VIZC. ¿Cómo?

RIC. Segura expresion
de un cariño verdadero,
de tu enlace en ocasion
que lo rehuses no espero.

VIZC. ¡Siempre amigos!

RIC. Es verdad:
lo mismo antes que en el dia.

LUISA. ¿Quiere usted á esa amistad
añadir tambien la mia?

RIC. Con infinito placer.
Ella será mi consuelo;
porque ya no he de volver
á pisar nunca este suelo

DUR. ¿Y usted, por qué no se casa?

VIZC. No seria mal proyecto.

RIC. ¿Quién sabe? El tiempo que pasa
enseña mucho.

DUR. En efecto.

RIC. Mal sugerido hasta aqui
por errados pareceres,
á conocer no aprendí
lo que valen las mujeres.

LUISA. ¿Y á su triunfo un solo instante
ha bastado?

RIC. Injusto he sido
con ellas. En adelante
la leccion que he recibido
otros errores me evita.
Pues, para bien conocerlas,
me acordaré, señorita...

LUISA. ¿De qué?

RIC. De el collar de perlas.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion se autorice.

Madrid 13 *de Febrero de* 1858.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

egar á Madrid.
mbra á tu victima!

a cual ama á su modo.
rion y Pipelet, ó las desgracias
un portero.

fraces, sustos y enredos.
pelucas y dos pares de anteojos.
Cocinero á Ministro.
gui yo pata de anafe.
s maridos! qué ventura.

Chal de cachemira.
igor de las desdichas, ó D. Her-
ógenes.
Héroe de Bailen, *Loa y Corona*
oética.
suplicio de Tántalo.
24 de Febrero.
Cadete.
amor por la ventana.
destino.
padre del hijo de mi mujer.
perro ó yo.
Aranjuez y en Madrid.
Dómine y el Montero.
mejor amigo, un duro.
amigo del Ministro.
Charlatanismo.
el dote está el Busilis.
un loco.
arte de hacerse amar.

to por liebre.
amática parda.

bel I.

Herencia de un poeta.
última noche de Camoens (*tra-*
edia).

La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los Quid pro Quos.
Lluvias del estio.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.

No es la Reina!!!

Paulina.

Simpatia y antipatia.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.

En dos actos.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris. *Segunda parte.*
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreur.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.

Cocinero y Capitan
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos, despecho y amor.
Conde, Ministro y Lacayo.
Corona y Tumba, ó el reinado de Sigerico.

Duda en el alma ó el Emborado de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio.

Entre bobos anda el juego.
El Gran Duque.
El pacto de sangre.
El velo de encage.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El Conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El Caballero de Harmental.
El Cardenal es el Rey.
El Castellano de Tamarit.
El Castillo del Diablo.
El conde de Monte-Cristo. *Primera parte.*
El conde de Monte-Cristo, *Segunda parte.*
El conde de Hernan.
El correo de Lion, ó el asalto de la silla de Posta.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madre.
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo negro.
El genio contra el poder ó el Bachiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El Judio errante.
En el crimen vá el castigo, ó la Condesa de Portugal.
En 1830.

Eugenia.
Eulalia.
El egoista.

Fea y pobre.
Francisco el inclusero.

Juana de Arco.
Juana de Nápoles.
Judit.
Juicios de Dios.
Julieta y Romeo.

Los fanfarrones del vicio.
La Baltasara.
La hiel en copa de oro.
Lorenzo me llamo ó carbonero de Toledo.
Los amores de la niña.
La campana vengadora.
La crisis.

La corte del Rey poeta.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso
Las barricadas de Madrid.
La Duquesa de Iprest ó Genoveva de Brabante.
La Duquesa ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre. *Segunda parte de Vilfredo el Velloso.*
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo (magia).

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmer
Nadie diga de esta agua no beb
Oráculos de Talia, ó los duen Palacio.

Quebrantos de amor.

Tambien en amor se acierta, es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

A Rusia por valladolid.
Alumbra á este caballero. *(La música.)*

Cuarzo, pirita y alcohol.

Diez minutos de reinado.
El amor y el almuerzo.
El Grumete. *(La música.)*
El Trompeta del Archiduque.
El Sonámbulo.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Guerra á muerte. *(La música.)*
Gato por liebre.

La Cotorra.
Las bodas de Juanita.
La Dama del Rey. *(La música.)*
Los dos ciegos.
La Zarzuela.

La flor de la Serrania.
La espada del Rey.

Pablito (Segunda parte de Buenas noches, Sr. D. Simon).

En dos actos.

El Postillon de la Rioja.

La cola del Diablo.
La córte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Amor y misterio.

Cárlos Eroschi.
Catalina.

El sueño de una noche de vera
El Dominó azul. *(La música.)*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero luntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La músi*
La Caceria Real. *(La música.)*
La Pasion (drama sacro-lirico).
Los Comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor. *(La música.)*

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cuarto principal